



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 1 | Agosto 2020

Hacia un paradigma contracultural: de la tecnocracia a la cultura del cuidado

Oscar Ojea ¹

¹ Obispo de San Isidro y Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina.

El presente texto constituye una adaptación gráfica de la participación de monseñor Oscar Ojea en el lanzamiento de la Diplomatura Superior en Ecología Integral 2020, organizada por la Red Universitaria para el Cuidado de la Casa Común (RUC).

La Encíclica *Laudato Si'*, que tiene ya cinco años, nos puede parecer hoy, en el contexto general de la pandemia que está viviendo el mundo, sumamente profética. Pienso que el Papa elige la figura de San Francisco y el *Cántico de las criaturas*, porque en San Francisco se resume el hombre que tiene una relación armónica con todas las criaturas. El cántico es el primer poema en lengua italiana. Francisco no lo llamo *Cántico de las criaturas*, sino que nosotros lo llamamos así. Estrictamente es un canto a Dios, a las criaturas que va enumerando, a los astros y luego también al hombre, especialmente al hombre que perdona.



Si podemos contemplar, en la Basílica Superior de Asís, la vida de San Francisco pintada por Giotto, veremos que el vínculo con la naturaleza es un aspecto central de la vida de Francisco. La vida de Francisco es tan rica... Francisco se identifica con los pobres, se hace pobre, se convierte.

Francisco tiene una relación, yo diría, “sinfónica” con toda la creación. Esto es muy importante porque corremos el riesgo de tener una lectura “verde” de la Encíclica. Y, en realidad, el Papa camina hacia una ecología integral, que incluye lo social. Toda ecología sana y bien entendida tiene un correlato social. Entonces va a haber un *leit motiv* que se repite en toda la encíclica, que es: “todo está conectado, todo está profundamente conectado, interconectado”. Todo esto se repitió muchas veces en el Sínodo para la Amazonia, en el que tuve el gusto y el honor de participar.

En realidad, el aporte de la revelación bíblica nos enseña que es fundamental pensar al hombre en relación. En la vida de Francisco no parece haber nada que se desmadre, nada que salga del cuadro de la relación armónica. El hombre es un ser relacional. Se define por su vínculo con Dios, consigo mismo, con los hermanos y con la naturaleza. Ha sido creado por Dios para ser “señor”, pero muchas veces hemos entendido mal esta categoría de “señor”. Lo hemos entendido como el “señor déspota”, o el “señor que avasalla”, el “señor que abusa”.

Nuestra cultura tiene esta característica de ser una cultura abusadora. Cuando digo que es abusadora estoy diciendo que es abusadora en todos los sentidos: vemos abuso de poder, abuso de consciencia, abuso sexual. Es verdad que la Tierra es maltratada, como dice el Papa. Es nuestra hermana y nuestra madre que sufre “dolores de parto”, como dice en la Encíclica. Pero, al mismo tiempo, también es verdad que hemos creado un mundo tan desigual y con tanta inequidad...

El Papa muchas veces tiene que recurrir al capítulo cuarto del Génesis y a la historia de Caín y Abel, que en realidad es un relato etiológico de lo que es la guerra. Es una manera de preguntarnos de dónde nace la violencia, ya que la raíz del abuso está en la violencia. Y lo más tremendo que comenta el Papa de ese pasaje es en el que Dios le pregunta a Caín después del asesinato “¿dónde está tu hermano?”, Caín le responde: “¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?”. Y este es el asiento de todo el individualismo que nosotros hemos respirado y que vivimos en nuestra cultura.

Vemos entonces, claramente, que en estos últimos tiempos se ha deteriorado el vínculo armónico entre la humanidad, la naturaleza y el espacio para la fraternidad. Vemos que se ha acentuado una suerte de confianza irracional en el progreso, creyendo que hay respuestas para todo. Hemos caído en un momento en donde hemos perdido el control. A nosotros nos pone muy mal perder el control, pero hace varios meses que no sabemos ni cómo, ni cuándo, podremos vivir el final de esta pandemia.

Vivimos un profundo subjetivismo, que coloca al hombre frente a la naturaleza como si fueran diferentes. La naturaleza parece haberse

convertido en un marco de la vida humana, en un objeto de dominio, del cual el ser humano puede extraer y succionar ilimitadamente lo que quiera. Estamos en un momento en donde no importa que la Tierra se canse a través del enorme perjuicio que crean los agrotóxicos. No importa que el agua se contamine a través del extractivismo. No importan las enfermedades que esto trae. No importa la muerte de los peces. No importa que suban las emisiones de gas provocando el efecto invernadero con graves consecuencias en el cambio climático. Tampoco la desertificación, la tala indiscriminada de árboles que nos quita el frescor y la sombra y que ayuda tanto en el equilibrio de la temperatura del planeta. Tampoco importa la pérdida de la biodiversidad.

Aquí me resulta muy grato que el Papa haya querido citar un texto de Benedicto XVI en el comienzo de su pontificado, en donde el Papa Emérito dice: “Cada criatura ha sido concebida en el corazón de Dios, y por eso cada una es fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario”.

En medio de este planteo, buscando la ecología integral, el Papa propone un cambio desde este paradigma tecnocrático, que ha producido tantos desequilibrios, hacia el paradigma del cuidado. En este punto, me gustaría plantear algunas cosas o algunos elementos que deberíamos tener en cuenta para pensar en una pedagogía del cuidado, con el objetivo de encaminarnos integralmente hacia una cultura del cuidado frente a las consecuencias del paradigma tecnocrático. Porque si queremos iniciar un proceso contracultural que contraste este paradigma, que nos forme con una mirada y un pensamiento distintos, debemos tener la capacidad de implementar políticas y programas educativos que lleguen a transformarse en un estilo de vida, que modifique nuestros hábitos de consumo.

Para lograr todo esto, tenemos que encontrar una espiritualidad que sea el fundamento de esta “conversión ecológica”, que, finalmente, implica una conversión cultural. Esta espiritualidad nos ayudaría a discernir en qué lugar debemos situarnos para escuchar con claridad el grito de la Tierra y el grito del pobre, conectados íntimamente. Porque los medios de comunicación, que

muestran lo que nosotros vivimos, nos tienen acostumbrados a vivir nuestra realidad a través de una pantalla, y así tienden a impedir la percepción de ese grito. Y también contribuyen a que nuestra sensibilidad se impregne de la realidad. Vivimos una civilización de la imagen, con todas sus ventajas, porque en este tiempo muchos hemos descubierto que podemos tener encuentros en línea y a través de la imagen, pero también es necesario que entendamos que el hecho de mirar la realidad a través de una pantalla nos impone muchísimos límites. Vemos a veces lo que pasa como un espectáculo que sucede fuera de nosotros, en el cual podemos entrar y salir libremente.

En la búsqueda de una espiritualidad que pueda sustentar una pedagogía del cuidado, observamos esa pantalla en la cual nosotros vivimos. Pero vivimos así muchas cosas de la realidad como un espectáculo que sucede fuera de nosotros. Por eso, es necesario que nos reconectemos con la realidad, buscando una nueva armonía relacional con Dios, con el hermano, con nosotros mismos y con la naturaleza, ya que somos seres relacionales y no aislados. El paradigma del cuidado genera en nosotros actitudes responsables frente a los seres y frente a las cosas. Decía Viktor Frankl que Occidente había erigido una estatua a la libertad, a la que había endiosado. Pero faltaba una estatua de la responsabilidad, que es la contracara de la libertad.

Nuestra cultura tiene mucho de irresponsable. Nuestra primera experiencia del cuidado está vinculada al nacimiento. Nosotros no recordamos el momento del nacer, pero, sin duda alguna, es algo que tenemos grabado en el fondo del alma. Hemos salido de un espacio cálido y dulce, nadando en el vientre de nuestra madre, para de pronto encontrarnos bruscamente fuera de ella, arrojados a la existencia, enfrentando la luz y el oxígeno como elementos hostiles, por eso todos nacemos llorando, totalmente necesitados del otro, vulnerables y frágiles. Pesamos tan poquito... tres kilos, tres kilos y medio. Todos hemos vivido esta experiencia de pobreza radical. La primera voz que escuchamos es la de nuestra madre, aunque no entendemos lo que nos dice, pero percibimos en ella una música de bienvenida a la existencia. Se nos da la bienvenida a la existencia. Luego, ella nos lleva al pecho, nos alimenta y pasamos del llanto y la angustia, a la paz y al sueño. Estamos en un tiempo

en donde debemos rescatar esta experiencia primaria de cuidado que hemos vivido y hacerla emerger a la conciencia, porque necesariamente estamos llamados a relacionarnos con los demás de esa manera.

La historia del pecado para la Fe católica, la violencia, la presencia de la violencia en nuestra vida, nos ha hecho construir murallas defensivas que nos aíslan y nos colocan en continuo recelo frente a los demás seres, refugiándonos en un individualismo que contradice nuestra misma vocación humana. Preguntémonos, ¿a través de qué medios podemos rescatar esa primera experiencia del cuidado? ¿Cómo podemos hacerla emerger a nuestro corazón? A mi modo de ver, el corazón humano se conmueve si encuentra en el otro un reflejo de sí mismo. Esto pasa justamente en la Parábola del Buen Samaritano, en el capítulo diez de Lucas. Sin dudas, el Buen Samaritano se vio a sí mismo en el hombre caído: “Ese soy yo, o este puedo ser yo o pude ser yo”. Por eso, se detuvo, descendió de su cabalgadura, se acercó, lo curó y se hizo cargo de él hasta llevarlo a la posada. Desarrolló un vínculo de comunión con él. Se vio a sí mismo caído, necesitado, desamparado y necesitado de cuidado. Como cuando vivió su primera experiencia de desamparo existencial. Vio reflejado en el hermano caído su propio límite y su propia pobreza, porque todos tenemos nuestra propia pobreza. Esto le permitió establecer con él una relación de sujeto a sujeto, y no ya como alguien que lo ve en una pantalla o que lo mira como el objeto de una encuesta, o como un caso que comprueba una teoría que justifica un aprendizaje, y no como otro en sí mismo. Todo eso le permitió ejercitar un modo de ser humano esencial, que es el modelo de Jesús.

En este tiempo que nos toca vivir, el contacto personal con los hermanos en situación de pobreza, y más aún de pobreza extrema, es un hito fundamental en el camino de una espiritualidad profunda, una espiritualidad que nos lleve a la conversión ecológica. Los hermanos nuestros que sufren el descarte y que, sin duda, como dice *Evangelii Gaudium* en el número 198, son “maestros nuestros”, tienen mucho que enseñarnos, dice el Papa, ya que además de participar del sentido de la Fe, en sus propios dolores conocen a Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva

evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas, y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia.

En esta pandemia, como Obispo, he tenido que salir y acompañar a algunos comedores por lo menos para rezar alguna oración o para animar a las mujeres que trabajan en los comedores del Gran Buenos Aires. Nosotros tenemos muchísimos comedores en nuestra Diócesis, y debo decir que cada vez que he ido, he encontrado una referencia esencial que me llevó a “pensar mejor”, a “reflexionar mejor”. Estamos en un tiempo particular, un tiempo que no deja de ser rico, porque nos aparecen también muchísimas cosas nuevas. Sobre todo, la necesidad de no poder seguir como antes, de buscar un nuevo equilibrio relacional con la naturaleza, con el espacio fraterno y con los hermanos.

Para acceder a la presentación completa de la Diplomatura, ver: <https://www.youtube.com/watch?v=xdv7mxHz0hQ&t=351s>